

PRIMER PREMIO

La buena educación

De Nana

Bajé al parque por la calle del taller del moro. Ese que lleva 20 años en España y a día de hoy solo chapurrea un par de palabras en castellano entre su jerga morisca y solo para confundir a los clientes y sacarles el dinero. ¡JA! Un día voy a denunciarlo por terrorista solo para ver lo bien que habla español cuando lleguen a buscarle los Civiles.

Bajé al parque por esa calle, pero no por la acera del taller. Fui por la acera de enfrente. ¡Serás jodida! ¡No por ‘esa’ acera de enfrente! Esa es por la que va el hijo mariquita de la viuda Estévez, esa que está medio pirada desde que el cornudo de su marido se tiró por el balcón. Algunos dicen que por la desgracia de tener un hijo bujarrón, pero yo creo que se asomó al balcón, le pesó la cornamenta y ¡ZAS!

Sí. Iba por la acera donde se encuentra la panadería de las lesbianas machorras esas. JAJAJA. Sí. Las lesbianas ‘boyeras’ de la acera de enfrente. ¡Cabrones! Bueno, llegando a la esquina me paró el negrito mantero. Sí, ese mismo. ¿Qué más da que sea camarero? Al ‘Suajili’ ese te lo cruzas seguro en cualquier esquina vendiendo CDs o gritando ‘agua’. Y si no es ese, otro. Que son todos iguales. El asunto es que me paró para preguntarme la hora e intentó ponerme la mano en el hombro. Lo esquivé a lo ‘Matrix’ y le dije: ¡ANDA! Quita que manchas. Sí, jajajaja. Menudo corte le di. Se quedó allí pasmado mirándose las manos por si las tenía sucias el muy idiota. Por algo se mueren de hambre en África, porque los bajas del árbol y no saben ni limpiarse el culo los ignorantes. Cuando me miró de nuevo le dije: ‘En lugar de vender todos los pelucos, quédate uno y aprende la hora, que aquí no estamos para servirte. Y si no te gusta, te vuelves pá África. Y me di el piro. Qué asco les tengo a estos negritos. ¡Porque sí, tía! No ves que solo vienen a quitarnos el trabajo a nosotros. ¿De qué vamos a trabajar cuando terminemos el Instituto? Que te den, tío. Dan igual mis notas. Nosotras somos españolas y tienen más derechos ellos, joder. ¿De qué me sirve tener buenas notas si al final el resultado es el mismo?’

Bueno. Ya me había quedado mosqueada. Con lo tranki que iba y el muy cabrón me puso de mala leche. Ya sabéis cómo me pongo cuando estoy de mala leche. Iba insul-

tando al negro ese por lo bajo cuando pasé por la iglesia y el follaniños del padre Alberto me dice: ‘Ven aquí, hija mía’. ¿Hija tuya? Porque llevaba el chándal Nike blanco, si no, allí mismo le daba un buen par de hostias al pederasta ese. ¿Qué dices, tía? Todos los curas son pederastas. Con eso de que no pueden follar con tías, le meten mano a todo crío que pillan. Ya te digo yo. Si se hicieran un par de manolas cada mañana, verías cómo se les quitaban las ganas de ‘aproximarse al prójimo’. Pero bueno, me acerqué a él porque si no, luego el domingo le va con el cuento a la chupa de cirios de mi abuela y me termina amargando el día con dios y el infierno. Si es que los viejos tienen el coco comido con la religión. Como cuando eran niños estaban obligados a ser monaguillos e ir a misa, ahora no piensan en otra cosa. ¡Ya ves, colega!

¿Que qué quería? Pues que fuera una ‘buena samaritana’ y acompañara a Cristiano a su casa. Que su madre había llamado para avisar de que no podía recogerlo de la catequesis. ¿Cristiano? Es el indiecito ese que adoptó la frígida del 5ºB. Sí, ese que será ecuatoriano o de por ahí. Le pones un taparrabos y es calcado a los indios que trajo Cristóbal Colón. Por eso estoy aquí en lugar de en el parque dándome el lote con el calzoncillo flojo del Andrés. Porque el cura sobón ese sabe que vivimos en el mismo portal y tuve que traer al ‘Machu-Pichu’ ese con la frígida solterona del 5ºB...

¡So desgraciado!

La voz de mi padre sonó atronadora a mi espalda y la frase de apenas dos palabras fue acompañada de un collejazo que aún hoy me estira el cuello haciéndome hocicar como un caballo de carreras en la foto-finish. Mis colegas se rieron de mí. Sí. Esos son mis colegas. Fieles como ratas. Me giré a ver a mi padre y pude observar que detrás de él, plantada en la puerta del portal, estaba la frígida del 5ºB con su niño-mascota. Parece que iban al mercado, ya que la solterona tenía en una mano cogido al niño y en la otra el carro de la compra. Me miraban los dos serios, ofendidos. Me hubiera gustado mandarlos a tomar por culo. Por culpa de ellos no me di el lote con Andrés. Era yo quien debía estar ofendida. Mi padre me pilló de la oreja mientras, en un tono más calmado, me ‘excusó’:

Yo no sé dónde ha aprendido la ignorante esta a poner etiquetas a la gente. Le juro que no lo sé. A mí no me educaron así. Lo habrá sacado de la cabrona de mi mujer y el estúpido de su hermano, que está enquistado en mi casa desde que volvió de Cataluña. Mire usted, se va el cabeza hueca ese un año a vivir a Barcelona y viene gritando a los cuatro vientos que todos los españoles que queremos a nuestra bandera y al rey somos unos fachas. ¿Sabe qué le digo? Que porque es familia, sino de una patada le hubiera expatriado al republicano ese de mi casa. Y seguro que de paso mi mujer habría

aprendido la lección. Que no vea lo bien que se le da hablar de los demás a sus espaldas, pero lo que es planchar, 10 años de casados y todavía no hay camisa que me ponga por la mañana que no tenga una arruga. Mi santa madre. Esa sí que era una buena esposa. Una mujer de su casa que sabía cuál era su sitio. Educando a sus hijos, apoyando a su marido. Mi padre llegaba de trabajar y todo estaba limpio, la cena en la mesa y mis hermanos y yo duchados y listos para cenar. ¡Ay, de mi santa madre! Pero, bueno, no se preocupe usted que en cuanto subamos a casa le voy a enseñar a esta mendruga lo que es la buena educación.

Luego soltó mi oreja y me ordenó:

—¡Anda! Desgraciada. Tira para la casa.

Mientras la inercia de otro collejazo me arriaba dentro del portal.